

## LA FORMACIÓN DEL IMAGINARIO HISTÓRICO DEL NACIONALISMO CATALÁN, DE LA *RENAIXENÇA* AL *NOUCENTISME* (1830-1930)

---

Jaume Aurell  
Universidad de Navarra

El nacionalismo catalán muestra las dos caras de una misma moneda: un recurso a la tradición y una aspiración a la modernidad. Sus dos premisas básicas son una apelación a su historia eterna como legitimación de su especificidad y un proyecto de futuro basado precisamente en la experiencia de un pasado común. Por este motivo, uno de los procedimientos más eficaces para la comprensión del nacionalismo catalán y, al fin y al cabo, de cualquier nacionalismo, es afrontar el análisis de la formación de su imaginario histórico.

Entiendo por *imaginario histórico* todas aquellas realidades del pasado que se han consolidado en la mentalidad de una sociedad determinada, conformando una visión de la historia, bien a través de una tradición escrita por literatos, intelectuales o historiadores o bien a través de la tradición oral, transmitida secularmente a lo largo de las generaciones.<sup>1</sup> Para captar bien este imaginario y, por tanto, para poder entender bien el talante de un movimiento nacionalista, no es tan importante discernir cuáles de esas realidades son verdaderas o falsas como su contenido y el modo de transmitirse.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Lógicamente, no puedo ahora detenerme a analizar con la precisión que se merecerían algunos conceptos que aparecen en esa definición, especialmente poliédricos, como los de «imaginario» y «mentalidad». En todo caso, me remito a las reflexiones de M. Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985 (1982). Agradezco las sugerencias que Francisco Javier Caspistegui que me hizo llegar sobre un primer original, reelaborado posteriormente.

<sup>2</sup> Mi intención a lo largo de estas páginas es simplemente exponer unas ideas introductorias y generales sobre esta cuestión. Para el caso catalán no hay demasiados modelos, aunque no faltan buenas aproximaciones como la de S. MICHONNEAU, «Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX», en A.M. GARCÍA (ed.), *España, ¿nación de nacio-*

La labor de los historiadores profesionales puede objetivar el verdadero alcance de un acontecimiento, pero es más difícil que consiga cambiar la percepción de ese acontecimiento en el imaginario de un nacionalismo concreto. No sabemos a ciencia cierta cuáles fueron las circunstancias de la victoria de Don Pelayo en Covadonga, pero es evidente que su figura ha quedado sacralizada en la conciencia del imaginario del nacionalismo español. Sí conocemos, en cambio, buena parte de las circunstancias que envolvieron el Compromiso de Caspe de 1412 y, aunque los historiadores catalanes, especialmente a partir de Jaume Vicens Vives, han intentado relativizar su alcance, para el imaginario del nacionalismo catalán esa fecha significará siempre el inicio de la pérdida de las libertades de su pueblo y el punto de arranque de su decadencia como nación independiente, con la entronización de una dinastía castellana en Cataluña.<sup>3</sup> El nacionalismo vasco, por su parte, ha sacralizado también algunos hechos históricos o legendarios, como las batallas de Arrigoriaga (888), Gordejuela y Ochandiano (1355) y Munguía (1470), a las que el mismo Sabino Arana calificó, en una lectura claramente patriótica, como las «cuatro glorias patrias».<sup>4</sup>

No es mi intención realizar ahora un estudio de algo tan complejo como la formación de los mitos históricos en los nacionalismos contemporáneos. Otros los han hecho recientemente con acierto.<sup>5</sup> Intentaré ahora, en cambio, analizar los fundamentos intelectuales e ideológicos de la historiografía considerada como «oficial» por las doctrinas nacionalistas. Esta es una realidad que, a mi juicio, está en la base de la creación de los mitos y que, por tanto, es la verdadera fundante del imaginario histórico de cualquier nacionalismo. En este caso, me centraré en

---

*nes?*, Madrid, 1999, pp. 101-120. En cambio, como referente metodológico me remito a la documentada y sugerente monografía de J.M. SÁNCHEZ-PRieto, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, Barcelona, 1993.

<sup>3</sup> No puedo ahora detenerme a justificar de modo erudito la afirmación del texto: pero es en todo caso llamativo que algunos de los grandes constructores de la historia de Cataluña hasta Jaume Vicens Vives (Lluís Domènech i Montaner, Antoni Rovira i Virgili, Ferran Soldevila) han dedicado sus mejores esfuerzos a la interpretación de este evento. Nada más paradigmático, en este sentido, que Ferran Soldevila se tomara la molestia de escribir un libro simplemente por rebatir, en este punto, las ideas de Ramon Menéndez Pidal (F. SOLDEVILA, *El Compromís de Casp (Resposta al Sr. Menéndez Pidal)*, Barcelona, 1965).

<sup>4</sup> J. JUARISTI, *El linaje de Aitor: La invención de la tradición vasca*, Madrid, 1998, p. 201.

<sup>5</sup> Quizás el intento más reciente sea el de J. TERMES, *Historia del catalanisme fins al 1923*, Barcelona, 2001. Desde una perspectiva más general, pero no por ello menos sugerente, B. ANDERSON, *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres, 1983.

el nacionalismo catalán en su época de formación, desde la *Renaixença* de mediados del siglo XIX al *Noucentisme* de las dos primeras décadas del siglo XX: aproximadamente, desde 1833 —año en que Carlos Aribau publicó su paradigmático poema *Oda a la Pàtria*— hasta la dramática finiquitación del proyecto novecentista en 1923, con la proclamación de la dictadura de Primo de Rivera.

Conocer esos fundamentos intelectuales e ideológicos permite realizar un recorrido por los principales temas de interés histórico, la percepción del pasado por parte de un pueblo o nación, el peso de la tradición, la *invención* de esa tradición por parte de los mismos historiadores, sus motivaciones principales y, en definitiva, la evolución de la cultura catalana durante ese periodo.<sup>6</sup>

Porque, como se ha apuntado alguna vez, el nacionalismo catalán, como todo nacionalismo, se basa en una *re-invención* de las tradiciones, lo que no significa ni que se trate de un movimiento tradicionalista ni que esas *re-inversiones* sean manipulaciones sistemáticas de la realidad histórica. El nacionalismo catalán, de hecho, abandonó el estricto tradicionalismo a finales del siglo XIX,<sup>7</sup> para constituirse decididamente en un factor de modernización cultural e intelectual. Volvemos, de este modo, a las dos caras de la moneda a las que he hecho referencia al principio de este artículo: la mirada hacia atrás en búsqueda de una tradición específica y la mirada hacia adelante para construir un futuro siguiendo los parámetros de lo moderno.

## 1. La formación de la historiografía de los nacionalismos español, catalán y vasco

A finales de 1998, precisamente cien años después del otro 98, apareció una obra póstuma del contemporaneista Vicente Cacho Viu, en la que se recogían algunos artículos que el malogrado historiador había ido publicando en los veinte años anteriores.<sup>8</sup> Todos esos estudios hacían referencia a algunos aspectos relacionados con la evolución del

---

<sup>6</sup> Una síntesis más específicamente historiográfica la intenté abordar en J. AURELL, «Historiografía y nacionalismo en la Cataluña contemporánea (1830-1960)», en AA.VV., *El siglo XX: Balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, 2000, pp. 7-18.

<sup>7</sup> J.L. MARFANY, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, 1995, p. 353.

<sup>8</sup> V. CACHO VIU, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, 1998.

nacionalismo catalán, desde los tiempos «heroicos» de los románticos de mediados del siglo XIX a la gran ruptura que supuso el estallido de la Guerra Civil en los años treinta. El volumen fue bautizado con un significativo enunciado («el nacionalismo catalán como factor de modernización»), que compendia bien el propósito del autor.

Vicente Cacho Viu es un historiador aragonés formado en el mundo madrileño que, desde bien pronto, se interesó por la cultura catalana e intentó hacer una lectura desapasionada y rigurosa del fenómeno del nacionalismo catalán contemporáneo.<sup>9</sup> Más allá de las diferencias que, desde una perspectiva meramente científica, surgen de una lectura «desde fuera» y «desde dentro» del fenómeno nacionalista, me interesa remarcar aquí un aspecto concreto de esa cultura nacionalista, al que también se refiere Cacho Viu: las relaciones entre nacionalismo e historiografía. En este contexto, Cacho otorga al nacionalismo catalán un indudable papel de catalizador cultural, a través del cual los historiadores habrían visto realzado su prestigio intelectual y su cualificación profesional.<sup>10</sup>

Para analizar a fondo estas tesis y poder comparar el caso catalán con otras tradiciones historiográficas nacionales, habría que partir de un concepto uniforme del nacionalismo, tarea de por sí harto difícil. Sin embargo, centrándome en el caso concreto de las relaciones entre nacionalismo e historiografía, pretendo aportar algunas luces a algunos aspectos que son esenciales para la comprensión del nacionalismo catalán: ¿hasta qué punto hay una implicación y dependencia mutua entre nacionalismo e historiografía? ¿condiciona el nacionalismo la visión de la historia y la labor de los historiadores y, por tanto, el modo de hacer historia? ¿es el nacionalismo un factor de modernización historiográfica o más bien de paralización, autocracia o manipulación histórica? ¿hasta qué punto el nacionalismo genera una historiografía ajena al mundo académico?

\* \* \*

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se desarrollan progresivamente las justificaciones teóricas de los principales nacionalismos peninsulares. El entramado teórico de esos nacionalismos se suele construir basándose en dos dimensiones: la *apologética* —discursos de los líderes, manifiestos políticos, ensayos fundantes— y la *historiográfica*—

<sup>9</sup> A. MANENT, «Prólogo», en V. CACHO VIU: *El nacionalismo catalán*, p. 9-17.

<sup>10</sup> V. CACHO VIU: *El nacionalismo catalán*, pp. 19-20.

fica, apelante a la identificación de los orígenes nacionales y a la búsqueda de los valores específicos, comunes e identitarios.

Estas dos dimensiones del desarrollo teórico de los nacionalismos (la teórico-apologética y la historiográfico-profesional) se complementan mutuamente y llegan a confundirse en las primeras fases de esas historiografías, para irse separando en la medida que los nacionalismos alcanzan una mayor madurez intelectual.<sup>11</sup> Por este motivo es de tanto interés el análisis de la evolución de las historiografías nacionales. En algunos casos, en efecto, la identificación entre apología nacionalista e historiografía es de tal entidad que da como resultado la manipulación histórica. O, dicho de otro modo, se pone de manifiesto la supeditación de la objetividad histórica al realzamiento de la especificidad nacional.

La confusión del ámbito apologético con el historiográfico se suele producir en mayor medida en el periodo fundante de las historiografías nacionales, que tuvieron su origen en el encuentro de tres fenómenos de muy diferente naturaleza durante el siglo XIX: el desarrollo del historicismo alemán, la expansión de la literatura romántica con toda su carga mitológica de la vuelta a los orígenes y el creciente papel de los intelectuales liberales en el panorama intelectual, tanto en el contexto castellano como en el catalán.<sup>12</sup> Este tercer factor queda bien patente en la esfera cultural española con la aparición de una generación de tanto peso intelectual y literario como la del 98, lo que evidentemente remite a épocas anteriores, como la de mediados del siglo XIX, cuando los intelectuales liberales empiezan a ejercer un importante papel en la política española. Son bien elocuentes, en esta dirección, la labor de Francisco Martínez de la Rosa y el desarrollo del liberalismo doctrinario, así como el impulso de Julián Sanz del Río a través del auge del krausismo.

La realidad de la confusión entre apología patriótica e historia científica es, quizás, aplicable a los tres nacionalismos peninsulares de mayor calado intelectual y vivencial (el español, el vasco y el catalán) en

---

<sup>11</sup> Es lo que otros han denominado el paso de una «historiografía romántica» a una «historiografía científica». Para este nuclear asunto, me permito remitir a J. AURELL, «Historiadores «románticos» e historiadores «científicos» en la historiografía catalana contemporánea: nacionalismo historiográfico y revisionismo generacional», *Memoria y Civilización*, 3 (2000), pp. 237-273.

<sup>12</sup> Para la compenetración entre intelectuales y literatos en la órbita del nacionalismo catalán contemporáneo me remito a P. ANGUERA, *Literatura, pàtria i societat. Els intel·lectuals i la nació*, Vic, 1999. Desde la perspectiva explícitamente historiográfica y los efectos perversos de una visión excesivamente endocéntrica ver, del mismo autor, P. ANGUERA, «L'endocentrisme en la història contemporània de Catalunya: un fals nacionalisme», *Afers*, 13 (1992), pp. 13-30.

su época de formación. Pero lo que es específico de cada uno de ellos es el discernimiento del *momento* en el que se produce la cesura entre el desarrollo teórico-apologético de los nacionalismos y la implantación de una historiografía verdaderamente científica y profesional. Es decir, dictaminar cuándo la historiografía consigue trascender un finisimo que conduce a la manipulación o, cuanto menos, a la pérdida de rigor, que suele ir asociada, sintomáticamente, a un significativo anacronismo metodológico. Un anacronismo metodológico que es el resultado asimismo de un desfase temporal y espacial, al dirigir la mirada hacia una tradición recibida sin prestar atención a las corrientes historiográficas actuales y, al mismo tiempo, a una incapacidad por valorar las aportaciones de tradiciones historiográficas diferentes a la propia.

Algunos historiadores actuales se han encargado de dictaminar el momento de la maduración de las diferentes tradiciones historiográficas. Respecto al nacionalismo español, Borja de Riquer sitúa el momento álgido de la identificación de la exaltación de un proyecto nacional con una historiografía puesta a su servicio en los dos primeros decenios posteriores a la Guerra Civil.<sup>13</sup> El momento culminante de ese maridaje serían las visiones esencialistas de Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro y Ramón Menéndez Pidal,<sup>14</sup> la mayor parte de ellas desarrolladas durante los años cincuenta.

Según este planteamiento, la cuestión histórica a dilucidar no era tanto la existencia de una nación española —cuya realidad prácticamente ontológica se daba por supuesta— sino más bien su composición sociológica y étnica. Dejando de lado las valiosas e indudables aportaciones heurísticas y metodológicas de todos esos historiadores, es evidente que esas visiones esencialistas se generaron en un contexto historiográfico bien peculiar, que ha permitido a algunos hablar de «manipulación de la memoria histórica».<sup>15</sup> La verdadera modernización de la historiografía española llegaría algo más tarde, con la in-

<sup>13</sup> B. DE RIQUER, «Aproximación al nacionalismo español contemporáneo», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 12 (1994). Este artículo generó una intensa polémica entre el propio Borja de Riquer y Juan Pablo Fusi, a la que se refiere, entre otros asuntos, J. Sisinio PÉREZ GARZÓN (ed.), *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000.

<sup>14</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los españoles en la historia y en la literatura*, Madrid, 1951; A. CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, 1954; C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1957. No deja de ser sintomático que algunas de estas obras se estén reeditando actualmente.

<sup>15</sup> R. GARCÍA CÁRCEL, «La manipulación de la memoria histórica en el nacionalismo español», *Manuscripts*, 12 (enero 1994), pp. 175-181.

roducción de los parámetros metodológicos de la escuela de los *Annales* y los postulados del materialismo histórico, tal como el mismo Borja de Riquer se encarga de formular y muchos otros historiadores han puesto de manifiesto.

El caso de la historiografía vasca es bien diferente y responde a condicionantes culturales e intelectuales diversos. Como apuntó José Luis de la Granja en un artículo publicado en este mismo foro, en 1992, la maduración no llegó hasta que se produjo, por los años setenta, la transición de una literatura histórica a una verdadera historiografía profesional y científica.<sup>16</sup> La primera fase del nacionalismo historiográfico vasco cabría identificarla con la labor y la obra de Sabino Arana. El fundador del Partido Nacionalista Vasco genera una historiografía de acento apologético y carente de espíritu crítico, opuesta a la verdaderamente científica, que poco a poco va asentándose pero que no se divulgará hasta los últimos años del franquismo.<sup>17</sup>

La reacción de la historiografía científica vasca estaría en buena medida relacionada con la generalización de las nuevas promociones de profesores universitarios, que realizaron sus tesis doctorales sobre temas fundamentales como la crisis del régimen foral, las guerras carlistas, la primera industrialización, el movimiento obrero y el nacionalismo vasco. Unos temas que, por lo demás, siguen generando interés entre la historiografía actual.

La evolución de la historiografía catalana, por su parte, es diferente a las anteriores. Si la cesura entre apologética nacionalista e historiografía científica se produce en la historiografía española en los años sesenta y en la vasca en los años setenta, hay un cierto acuerdo en que en la historiografía catalana se verifica en los años cincuenta, gracias a la labor prominente y hegemónica de Jaume Vicens Vives. El mismo Vicens siempre consideró su propia labor como el escalón decisivo que permitiría ascender de una historiografía de corte romántico a una verdadera historiografía científica. Su explícita acusación a la historiografía anterior de «manipuladora de la realidad histórica»<sup>18</sup> la llevaba a cabo con la habitual falta de modestia que le caracterizaba, pero al mis-

---

<sup>16</sup> J.L. DE LA GRANJA, «El nacionalismo vasco: de la literatura histórica a la historiografía», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 209-236.

<sup>17</sup> José Luis de la Granja se refiere, concretamente, a la edición definitiva de la *Historia del nacionalismo vasco* de García Venero en 1968 como fecha final de la mencionada «literatura histórica», en contraposición a la historiografía científica (José Luis DE LA GRANJA, «El nacionalismo vasco», p. 210).

<sup>18</sup> J. AURELL, «Historiadores románticos e historiadores científicos...», p. 248.

mo tiempo legitimado por el crédito objetivo que le daba su prestigio como historiador, tanto a nivel nacional como internacional.<sup>19</sup>

Para comprender mejor todo este proceso de maduración historiográfica, interesa ahora profundizar en los jalones principales de las corrientes intelectuales y culturales en las que se basa la historiografía durante la centuria clave del nacionalismo catalán, desde el compromiso de los intelectuales románticos de mediados del siglo XIX con el proyecto de construcción nacional a los ambiciosos proyectos de institucionalización cultural llevados a cabo por la generación novecentista.

## 2. El romanticismo como reactivador de las historias y las historiografías nacionales (1830-1870)

La adopción de los métodos científicos en la historia y, por tanto, el reconocimiento de esta disciplina en el mundo académico, es obra de los historiadores alemanes de la segunda mitad del siglo XIX. La figura del historiador alemán Leopold von Ranke aparece sistemáticamente reseñada como el verdadero fundador de la historia como especialidad científica.<sup>20</sup> A la preparación cultural de una sociedad tan modernizada como la prusiana, se unía el fuerte sentimiento nacional que se había alimentado ideológicamente por la pujante corriente cultural e intelectual del romanticismo, cuyas nerviaciones se extendían a todas las incipientes ciencias humanas, a partir del magnetismo natural ejercido por la literatura.

La confluencia entre el romanticismo como corriente intelectual, vivencial y literaria con la progresiva consolidación de la historia como ciencia social, tuvo como consecuencia un creciente interés por los orígenes históricos de las tradiciones nacionales más arraigadas en Europa. Esto se pone especialmente de manifiesto en los grandes estados europeos como Francia, Inglaterra y España, así como en las jóvenes naciones como Alemania e Italia, donde esa mirada a los orígenes estaba casi condicionada por los incipientes pero enérgicos procesos de unificación.

<sup>19</sup> Sobre este particular, merece la pena acudir a la biografía de Vicens, publicada por J.M. MUÑOZ, *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, 1997.

<sup>20</sup> Un excelente divulgador de este contexto historiográfico es G. G. IGGERS, *The German conception of history: The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Middletown, 1968. Ver también su sugerente introducción a la compilación póstuma de algunos escritos de Leopold von Ranke, *The Theory and Practice of History*, New York, 1973, firmada junto a K. von Moltke.



Una repercusión secundaria pero no menos importante de este proceso fue la proliferación de las *historias nacionales*, en el marco de las entidades territoriales con mayor carga histórica específica, aunque integradas en un marco estatal superior. Es el caso del País Vasco o Cataluña en España, de Irlanda y Escocia en el Reino Unido y de las naciones centroeuropeas como Hungría y Bohemia. Unas tradiciones nacionales que, por otra parte, se tomaban unas a otras como modelos y referentes: Irlanda ha sido tradicionalmente un espejo en el imaginario nacionalista vasco como Hungría y Bohemia lo fueron, durante la segunda mitad del siglo XIX, para el nacionalismo catalán.<sup>21</sup>

Todo este ambiente tuvo un reflejo muy característico en las historiografías de las diferentes tradiciones nacionales. Las repercusiones en el ámbito cultural quedan bien reflejadas en los primeros intentos reales de la configuración de unas *historias nacionales* en el contexto de un «romanticismo patriótico», que se contraponía a un «romanticismo erudito», como alguien lo ha definido de modo preciso.<sup>22</sup> Se trata, ciertamente, de escritos algo ingenuos, en los que late, junto a la mejor intención, el deseo preeminente de cantar las excelsitudes de la propia patria por encima de un rigor documental que estaba todavía lejos de vislumbrarse.<sup>23</sup>

La labor de estos historiadores se inscribe en el contexto de la formación de las «biografías nacionales», tan típicas de este periodo. Siguiendo una característica idea romántica, esas biografías nacionales se basaban en una concepción orgánica de la nación, que se desarrollaba, como todo organismo viviente, desde el momento preciso de su nacimiento —normalmente al socaire de la desintegración del Imperio Romano— hasta alcanzar su madurez en el periodo contemporáneo. Esta tendencia se tradujo lógicamente en el redescubrimiento de los orígenes, lo que regeneró el interés por la época medieval (que hasta entonces había quedado relegada a un segundo término porque era considerada como una época oscura) en detrimento de los valores del clasicismo antiguo y renacentista. Es el momento asimismo de la creación de las leyendas nacionales, mitológicas e incluso fantásticas, que en tantas ocasiones tenían un talante ambiguo histórico-imaginario y

<sup>21</sup> Ver algunas concreciones de los influjos de algunos nacionalismos centro-europeos en el nacionalismo catalán en V. CACHO, *El nacionalismo catalán*, pp. 90-98.

<sup>22</sup> M. BARCELÓ, B. DE RIQUER, E. UCELAY DA CAL, «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenç*, 68, pp. 68-73.

<sup>23</sup> J. SOBREQÜES, «Les històries generals de Catalunya en el període històric de la Renaixença i el Romanticisme (segle XIX)», *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, 1990, pp. 19-35.

remitían a los pujantes valores románticos en contra de un clasicismo decadente.<sup>24</sup>

En el ámbito peninsular, esta situación tuvo una doble repercusión: por una parte, la monopolización de los valores castellanos de hidalguía, imperio, épica militar y centralización por parte del nacionalismo español y, por otra, la creación de los *mitos* de las otras tradiciones nacionales peninsulares, como la vasca o la catalana, que pretendían paliar los efectos del creciente monopolio historiográfico castellano. De este modo, la creación de una «historia nacional española» remitía a las glorias castellanas ancestrales (El Cid),<sup>25</sup> del mismo modo que la creación de una «historia nacional catalana», remitía directamente a los forjadores de la nación (Guifré el Pilós).<sup>26</sup> Se produce así en la historiografía catalana una reacción contra todo lo «castellano», lo que condicionará enormemente la labor de los historiadores catalanes hasta mediados del siglo XX.<sup>27</sup>

Parece oportuno detenerse ahora en algunos de los ejemplos más característicos de esta orientación. Todos ellos se enmarcan en el proceso de la *Renaixença* cultural, que se había consolidado tras la aparición del poema de Carles Aribau, *Oda a la Pàtria*, publicado en 1833. Aparece entonces la que se puede considerar como la primera generación de historiadores catalanes, tras una solución de continuidad de los cincuenta años que habían transcurrido desde la publicación de los documentados trabajos que, durante la segunda mitad del siglo XVIII, había llevado a cabo Antoni de Capmany.<sup>28</sup>

<sup>24</sup> Me remito, por ejemplo, al magnífico aunque breve artículo de R. BARTRA, «Frankenstein o el salvatge modern», *L'Avenç*, 217 (1997), pp. 48-51, donde se apunta esta tendencia, partiendo de un caso particular, que es un comentario a la edición de la obra de M.W. SHELLEY, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Madrid, 1996 (publicada por primera vez en 1818).

<sup>25</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1969.

<sup>26</sup> De hecho, hasta los años cuarenta y cincuenta no se consiguió hacer una historia de los orígenes de Cataluña verdaderamente científica, desgajada de todo elemento legendario. Esta tarea la llevó a cabo, fundamentalmente, Ramon d'Abadal. Una recopilación de sus obras en R. D'ABADAL, *Dels visigots als catalans*, Barcelona, 1986 (1969), 2 vols.

<sup>27</sup> Algunos ejemplos bien ilustrativos en C. SERRANO, *El nacimiento de Carmen: símbolos, mitos, nación*, Madrid, 1999, especialmente en los caps. 2 y 9 (donde analiza la «reinención» de Montserrat y la creación literaria de Santiago Rusiñol). Me he ocupado de esta cuestión en J. AURELL, «La interpretació històrica de la Catalunya del segle XV: historiografía, acció política i compromís nacional», *L'Avenç*, n. 228 (IX.1998), 6-10.

<sup>28</sup> Ver, sobre todo, sus *Memorias Históricas sobre la marina, el comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (editadas por E. GIRALT y C. BATLLE, Barcelona, 1961-1963 y publicadas originariamente en 1779-1792). Ver también Ernest LLUCH, «Antoni de Capmany, el primer de tots», *L'Avenç*, 220 (1997), pp. 24-27.

Los historiadores Pau Piferrer y Víctor Balaguer podrían ser considerados como los abanderados de esa primera generación. Ya es un hecho bastante significativo que ambos se dedicaran indistintamente a la novela histórica, la poesía y el teatro. La falta de fijación del estatuto profesional del historiador (que se dedicaba también al cultivo de otras «ciencias del espíritu») arrastraba también a la borrosidad del estatuto científico de la Historia como ciencia. Eran dos realidades que se complementaban mutuamente, unido también a la falta de bases institucionales como las universitarias, que en España tardarían todavía bastante en llegar.<sup>29</sup>

En 1839, Pau Piferrer (1818-1848) publica el volumen sobre Cataluña de su inacabada y enciclopédica *Recuerdos y Bellezas de España*. La inspiración romántica le llega de sus coetáneos Goethe, Schiller y Scott. Pero junto a estos referentes, utiliza ya con soltura las fuentes impresas y otras que todavía no lo estaban (como las *Rubriques de Bruniquer* o los *Dietaris* del municipio barcelonés) y los cronistas catalanes y franceses antiguos (Tomich, Muntaner, Duchesme, Baluze). La obra de Piferrer es una brillante exposición, en prosa romántica, del paisaje y las obras de arte de Cataluña. Se trata de un verdadero retrato espiritual de una nación. Su relato es un característico mestizaje entre la cita erudita y la recreación poética, tan propia de los historiadores-poetas románticos de aquel periodo.

Otro exponente paradigmático de la historiografía liberal romántica catalana es Víctor Balaguer (1824-1901). En su monumental *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, cuyo primer volumen se publicó en 1860, Balaguer se muestra como un ensayista más que como un historiador científico, que pretende influir en la conciencia nacional catalana y española. Inicia así una tradición que irá sucediéndose a través de las diferentes generaciones de los historiadores catalanes hasta, por lo menos, la guerra civil: la confrontación de la historia de Cataluña con la historia de Castilla: «Castilla es España para los historiadores generales. Hablan siempre del pendón castellano, de los leones y las torres, de las glorias y libertades castellanas, y escriben muy satisfechos la historia de Castilla creyendo escribir la de España. Grave error».<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> Por lo menos hasta principios del siglo XX: M. BALDÓ: «Regeneracionismo en la universidad y creación de la sección de historia, 1900-1923», *El Siglo XX: Balance y Perspectivas*, Valencia, 2000, pp. 19-31.

<sup>30</sup> V. BALAGUER: *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, escrita para darla a conocer al pueblo, recordándole los grandes hechos de sus ascendientes en virtud, patriotismo y armas, y para difundir entre todas las clases el amor al país y la memoria de sus glorias pasadas*, Barcelona, 1860, vol. I, pp. 11 y ss.

La obra de Víctor Balaguer reflejaba, junto a su romanticismo liberal, el optimismo del sector progresista de la burguesía catalana, que no se había extinguido a pesar de los desengaños políticos y que adquiriría ahora una nueva dimensión con el creciente peso económico de Cataluña respecto al resto de España. Porque, no hay que olvidarlo, nos hallamos también en un momento de eclosión económica en Cataluña, con el proceso de industrialización implantándose galopadamente.<sup>31</sup>

Por otra parte, es muy llamativo observar cómo en la obra de Balaguer y de otros historiadores de este periodo, aparecen ya muchos de los arquetipos que serán repetidos una y otra vez por la historiografía nacionalista catalana hasta, por lo menos, Jaume Vicens Vives: la visión fatalista del Compromiso de Caspe (1412), que entregó la corona catalano-aragonesa a una familia de estirpe castellana; los perjuicios que trajo para Cataluña el matrimonio de Fernando e Isabel en 1479; la mala fama de Fernando el Católico; el desastroso papel jugado por el centralismo del conde-duque de Olivares y la perniciosa labor destructora de las libertades catalanas, que sería culminada por la obra centralizadora de los Borbones.

Todos estos modelos historiográficos se forman a mediados del siglo XIX, en el ambiente de una historiografía romántica, preocupada por realzar lo específico catalán de cada una de sus épocas históricas frente al nocivo influjo castellano. Estos paradigmas están todavía presentes en la memoria nacional catalana, aunque ciertamente la labor de los historiadores profesionales del siglo XX —tales como Jaume Vicens Vives, Pierre Vilar o John Elliot— hayan ido cambiando algo el curso de los acontecimientos.<sup>32</sup>

En este contexto, son bien significativos algunos folletos que aparecen en la Cataluña de los años treinta del siglo XIX, como el que apareció en 1836 con el significativo enunciado «Rasgos verdaderamente

<sup>31</sup> Una magnífica visión panorámica de este periodo, en lo que afecta específicamente a Barcelona, puede hallarse en Jaume SOBREQÜÉS (ed.), *Història de Barcelona*, Vol 6: *La ciutat industrial (1833-1897)*, Barcelona, 1995.

<sup>32</sup> Nos referimos concretamente a las monografías de Jaume VICENS VIVES sobre Fernando el Católico (*Ferran II i la ciutat de Barcelona, 1479-1516*, Barcelona, 1937), de John ELLIOT sobre el conde-duque (*El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, Barcelona, 1991) y, más recientemente, de Albert GARCIA-ESPUCHE sobre la Cataluña moderna (*Un siglo decisivo: Barcelona y Cataluña, 1550-1640*, Madrid, 1998). Son tres ejemplos de cómo unos trabajos rigurosos, realizados sin prejuicios historiográficos, pueden ir cambiando lentamente un estado de opinión sobre el juicio de algunos de esos acontecimientos históricos que podríamos denominar *sagrados* o *traumatizantes* en las diferentes tradiciones nacionales.

sublimes del liberalismo heroico de los antiguos catalanes». <sup>33</sup> En otro folleto de este periodo se puede leer: «El verdadero catalán se complacerá con recordar a su memoria el valor y proezas de sus mayores; el amante de la libertad (se complacerá) en ver que la que sostiene le es debida, cual herencia, desde lo más remoto de la antigüedad, en la cual el conde de Barcelona ya se elegía por la voluntad del pueblo». <sup>34</sup> Y aquí queda reflejado otro de los mitos históricos creados en este periodo, que alimentarán la futura historiografía y forjarán el imaginario histórico del nacionalismo catalán: el de la «democracia» de las instituciones catalanas medievales frente al «absolutismo» de los monarcas medievales castellanos. Algo que, sintomáticamente, se repite también en la doctrina del nacionalismo vasco, que considera sus instituciones como democráticas frente a las castellanas.

No hace falta profundizar demasiado en la historia medieval europea y en su pensamiento político para concluir que, sobre todo en los primeros siglos medievales, el poder del príncipe — fuera cual fuera el ámbito de su jurisdicción — le venía dado de la autoridad superior. Y si era el rey, la legitimación de su poder provenía del mismo Jesucristo. Es lo que la teoría política clásica ha definido como la *concepción descendente* del poder, en contraposición a una *concepción ascendente*, para la que el poder lo detentaba el pueblo, quien lo transfería a su vez al príncipe, a través de un recorrido «de abajo a arriba». Esta concepción ascendente del poder, primer precedente lejano de la democracia de las sociedades contemporáneas, no empezaría a imponerse tímidamente hasta bien entrado el siglo XIV en las zonas más avanzadas cultural y políticamente de Europa, a través del parlamentarismo político y del conciliarismo religioso. <sup>35</sup> En este contexto, las monarquías peninsulares bajomedievales no fueron, desde luego, las primeras en acogerse a estas nuevas tendencias del pensamiento político europeo. Aunque no

---

<sup>33</sup> Título de una obra anónima, publicada en 1836 y rescatada por F. CUCURULL, *Pa-noràmica del nacionalisme català*, París, 1975, vol. III, p. 109 (Citado por H. Hina, *Castilla y Cataluña*, p. 102).

<sup>34</sup> Citado por J. CARRERA PUJAL: *Historia política de Cataluña en el siglo XIX*, Barcelona, 1957, vol. IV, p. 382: se trata de un opúsculo publicado en Barcelona en 1842, que posee el significativo título de «Cataluña vindicada de la nota de rebelión con que sus émulos pretendieron denigrar sus glorias».

<sup>35</sup> Tal como pone de manifiesto W. ULLMANN, *Principios de gobierno y política en la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1985 (1961). Me refiero aquí a este hecho colateral porque pone de manifiesto la ingenuidad de algunos planteamientos pseudo-históricos de la historiografía romántica, que con toda su mejor intención demostraban una falta de rigor bastante considerable.

es menos cierto que el cesarismo de los Austrias, entronizados en la Castilla moderna, estaba más acorde con el espíritu de los tiempos que el anacrónico sistema pactista del patriciado catalán, que maniataba la acción del monarca al haber urdido una compleja estructura basada en unos rígidos compromisos, que el rey estaba obligado a cumplir.

En todo caso, los primeros pasos de la historiografía catalana del siglo XIX se dan entre la recuperación de las leyendas medievales y la fijación de las primeras nociones históricas, en estrecho paralelismo con la formación de la mayor parte de las *historias nacionales* europeas. Si Marcelino Menéndez Pelayo afirmó una vez que el movimiento catalán es un producto del Romanticismo,<sup>36</sup> no cabe duda de que la historiografía catalana contemporánea nació también al socaire de esta corriente intelectual.

Por esto, a partir de entonces, se ha otorgado un tinte algo despectivo al concepto de «historiografía romántica», haciendo referencia a esta primera generación de historiadores que, como Pau Piferrer o Víctor Balaguer, sentaron las bases de la historiografía catalana contemporánea. Quizás esta visión algo despectiva no haga honor a estos historiadores. En primer lugar porque, como hijos intelectuales de su época, difícilmente podían dejar de lado un cierto *apriorismo* a la hora de exaltar las glorias nacionales. En segundo lugar porque no en vano se les ha reconocido el papel de fundadores de la historiografía catalana.<sup>37</sup> En tercer lugar, porque el concepto «romántico» ha perdido, hoy en día, buena parte de su contenido epistemológico real: hoy se habla más de un «romanticismo» como actitud que de un «romanticismo» como corriente historiográfica específica, lo que indudablemente genera una serie de malentendidos desde el punto de vista estrictamente científico.

### 3. Del recurso a la tradición romántica al cientifismo positivista: la modernización del discurso nacionalista (1870-1900)

El predominio hegemónico del romanticismo como corriente literaria y de pensamiento fue dejando paso a un positivismo de cuño científ-

<sup>36</sup> M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *La historia externa e interna de España en la primera mitad del siglo XIX* (recogido en *Edición nacional de las obras de Menéndez Pelayo*, Santander, 1942, vol. XII, p. 279).

<sup>37</sup> En efecto, recientemente ha sido justamente reivindicado su papel fundante de la historiografía catalana. Ver, entre otros, J. FONTANA, «Els historiadors romàntics», en *L'Avenç*, 200 (1996), pp. 10-11.

fico, que se fue verificando en la intelectualidad catalana junto al escepticismo creado por el fracaso de las expectativas que se habían creado durante la época del Sexenio (1868-1874). Las nuevas generaciones de historiadores fueron imbuyéndose de un mayor rigor, gracias sobre todo al influjo de los historiadores de la escuela rankiana y a las aportaciones de historiadores franceses de la talla de Fustel de Coulanges o Hippolyte Taine y al desapasionamiento propio de la época de la Restauración.<sup>38</sup>

Una serie de acontecimientos político-culturales se conjugan para dar como resultado el peculiar ambiente en que se desarrolla la labor de esta nueva generación de historiadores: un contexto de revolución burguesa que desemboca finalmente en la Restauración y otorga a las aspiraciones nacionalistas catalanas una dimensión regeneracionista, moderada y pragmática. Es la época en la que personalidades tan diversas como Francisco Pi i Margall y Valentí Almirall —el agitador político del nacionalismo catalán finisecular— regeneran el debate del nacionalismo, asociándolo a la opción política posibilista del federalismo. Porque, no hay que olvidarlo, una de las constantes más acusadas del nacionalismo catalán de los siglos XIX y XX es su compromiso por el posibilismo, lo que explica en gran medida la tendencia moderada de muchas de sus argumentaciones teóricas y de sus realizaciones políticas y culturales. Y el posibilismo era, en la época de la Restauración, el federalismo.

En medio de este ambiente político-cultural, cuando el positivismo empieza a influir en la historiografía catalana de la segunda mitad del siglo XIX, se produce un hecho muy sintomático, aunque ciertamente paradójico: junto a una moderada modernización de los métodos historiográficos, los historiadores catalanes de este periodo —Antoni de Bofarull (1821-1892), Salvador Sanpere (1840-1915), Antoni Aulestià (1848-1908)— no consiguen soltar el lastre romántico que tanto había condicionado la labor de los historiadores de la generación anterior. Esta conjunción entre metodología positivista e ideología romántica da como resultado unas obras en las que se observa atentamente y con mayor rigor la historia de Cataluña, pero persiste una llamativa susceptibilidad hacia todo lo castellano.

Se inicia así un tipo de historia hecho a la defensiva, en la que el debate cultural e historiográfico se centra en gran medida en una con-

---

<sup>38</sup> Una lograda contextualización del talante conservador de este periodo y de sus consecuencias culturales en J. CASASSAS, *Entre Escil·la i Caribdis. El catalanisme i la Catalunya conservadora de la segona meitat del segle XIX*, Barcelona, 1990.

frontación entre Castilla y Cataluña.<sup>39</sup> Un debate que, por otra parte, es necesario conocer para entender un aspecto importante de la evolución de la historiografía peninsular durante el siglo xx, porque es uno de los que condicionará las visiones esencialistas de un Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal o Claudio Sánchez Albornoz para la historia de España y los desarrollos ontologistas de un Antonio Rovira i Virgili<sup>40</sup> o Ferran Soldevila<sup>41</sup> para la historia de Cataluña.

Este debate intelectual-historiográfico es herencia e imagen de otro debate cultural que se mueve en un campo más genérico: el conflicto, tan peculiar de la España finisecular, entre centro y periferia. Un debate que se verá agudizado, sin duda, por el desastre el 98.<sup>42</sup> En este contexto, historiadores y pensadores se ponen manos a la obra para tildar de absolutista el influjo castellano en España, identificado siempre con el centralismo borbónico, frente al que Cataluña se habría considerado como baluarte del liberalismo. La visión dicotómica entre el liberalismo catalán y el absolutismo castellano resume y configura uno de los debates permanentes que se han establecido, a lo largo de la historia y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo xix, entre un estado-nación opresor frente a una minoría nacionalista oprimida, caracterizada por su afán de libertad.<sup>43</sup>

Es en este contexto donde hay que situar, por ejemplo, la paradigmática obra de Pi i Margall *Las nacionalidades*, publicada en 1877.<sup>44</sup> Pi i Margall pretende demostrar que el fracaso histórico de España como nación es debido a los principios ideológicos que rigen su evolución desde el siglo xvi, bajo el signo del centralismo y del unitarismo. La unidad impuesta por los Austrias está en la raíz de la decadencia del Imperio durante el siglo xvii y de la falta de cohesión de la nación durante la edad contemporánea: «Si se hubiese hecho la unidad de otra

<sup>39</sup> Es lo que puso de manifiesto en su documentado estudio H. HINA: *Castilla y Cataluña en el debate cultural, 1714-1939*, Barcelona, 1986.

<sup>40</sup> Nada más ilustrativo en este sentido que una buena edición de textos, como la que preparó en su día J. SOBREQUÉS: A. Rovira i Virgili, *Catalunya y Espanya*, Barcelona, 1988.

<sup>41</sup> Sobre todo reflejada en su *Historia de España*, Barcelona, 1952-1959.

<sup>42</sup> Ver la reciente revisión de J. P. FUSTI, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, 2000.

<sup>43</sup> Un debate que persiste hoy en día, aunque ciertamente desprendido de toda su carga intelectual, en manifestaciones rituales o lúdicas como los enfrentamientos futbolísticos entre los equipos barceloneses y madrileños.

<sup>44</sup> F. PI I MARGALL, *Las nacionalidades*, Madrid, 1967. Un debate sobre los orígenes históricos de la unidad española que, de modo significativo, vuelve a estar presente en los foros académicos y mediáticos.



manera, ni se habría roto en tan breve tiempo, ni habría dado margen a tantas guerras y disturbios, ni habría sido origen de otros males». <sup>45</sup> La solución, según Pi i Margall, radicaría en que se hubiera tenido en cuenta la heterogeneidad de los elementos configuradores de la nación española. Es decir, en clave política, la formación de una confederación de estados, o un estado federal, en la que cada región hubiera tenido los mismos derechos y las mismas obligaciones, salvando lo específico de cada una.

Es paradigmático que el planteamiento de Pi i Margall se produzca unos años antes de que la debilidad del proyecto español se haga patente de un modo ostensible y dramático, con la crisis de 1898. El renacimiento de los nacionalismos vasco y catalán se verifica, precisamente, en la época de entresiglos, en concomitancia con la crisis del proyecto nacional español. Se trata, por tanto, de un proceso de debilitación de un nacionalismo —el español— basado en un estado unitario y centralista, frente a un proceso de fortalecimiento de los nacionalismos periféricos —el vasco y el catalán—, que no están amparados por el aparato político, administrativo e institucional de un estado. En este contexto, es difícil concluir qué es lo que tiene un mayor peso específico en todo este proceso, si la decadencia del primero o la revitalización de los segundos. <sup>46</sup>

Esto explicaría también que, a finales del siglo XIX, despuntaran en el ambiente de los nacionalismos catalán y vasco algunas figuras carismáticas que, más allá de sus aportaciones teóricas concretas, pasarán a la memoria colectiva de esas tradiciones nacionales como los pretendidos fundadores de los respectivos nacionalismos: Sabino Arana en el vasco y Valentí Almirall en el catalán.

En todo caso, la obra publicada en 1877 por Pi i Margall tuvo su culminación (y, con ella, probablemente también los últimos coletazos del positivismo historiográfico) en la obra de Pompeu Gener, *Cosas de España. Herejías nacionales. El renacimiento de Cataluña*, publicada en Barcelona en 1903. La tesis de Gener no es sino una radicalización de las posturas federalistas de Pi i Margall.

En Gener es donde se pone de manifiesto con más radicalidad la contraposición entre una Castilla guerrera y estéril y una Cataluña próspera y comercial, al uso de las monografías históricas emanadas de bue-

---

<sup>45</sup> F. PI I MARGALL, *Las nacionalidades*, vol. 2, p. 36.

<sup>46</sup> A este respecto, son interesantes las reflexiones de la introducción del volumen de B. DE RIQUER, *Identitats contemporànies*, que lleva el elocuente título «Sobre les conseqüències del triomf de l'Espanya única damunt dels projectes pluralistas».

na parte de los historiadores catalanes de la segunda mitad del siglo XIX. A partir de finales de la edad media, según Gener, se inicia un proceso de colonización castellana de Cataluña, que da como consecuencia la pérdida de personalidad histórica de Cataluña y la decadencia de la región mediterránea. En la unificación española bajo la hegemonía castellana ve llegado el final de las tradiciones catalanas, de acuerdo con la tradición de la historiografía romántica liberal catalana.

Valentí Almirall ofrece, por su parte, la tercera visión histórica, fundante de imaginario, de entre los pensadores catalanes de la época finisecular. Almirall publica en 1886 el ensayo *L'Espagne telle qu'elle est*, aparecida en francés en su primera edición debido a la censura.<sup>47</sup> En este ensayo aparecen dos notas que son premonitorias de una buena parte de la literatura histórico-filosófica de la España y la Cataluña de la primera mitad del siglo XX: la «anormalidad» española —que tanto ha condicionado el debate historiográfico durante todo el siglo pasado— y su decadencia estructural.<sup>48</sup> La base de la tesis de Almirall es el retraso de Castilla y, en concreto, la perniciosa labor paralizante del Madrid de la Restauración, que contrastan enormemente con el carácter europeo, moderno y cosmopolita de Cataluña y el País Vasco («los catalanes y los vascos son los trabajadores de España», llegará a decir<sup>49</sup>). Las industrias vasca y catalana, de corte progresista, no pueden imponerse a la estructura agraria castellana, de corte tradicional.

El tratado de Almirall es la mejor sistematización de la oposición del liberalismo burgués catalán a la Restauración madrileña, después del colapso del estado burgués y liberal español, sellado y confirmado, por sí quedaba alguna duda, tras el fracaso de los movimientos revolucionarios del Sexenio. Almirall concluye que España se aleja de los estados industriales europeos desarrollados por no haber realizado su Revolución burguesa. La Restauración representaría sólo la fachada de un estado Europeo moderno, pero no su verdadero andamiaje.<sup>50</sup>

Todas estas ideas son una clara premonición de las que más adelante desarrollarían los escritores de la generación del 98, aunque ellos lo harán desde una posición de autocrítica. No deja de ser sintomático, sin embargo, que este proceso de autocrítica se haya iniciado desde la peri-

<sup>47</sup> La edición castellana apareció unos años después: V. ALMIRALL, *España tal cual es*, La Habana, 1889.

<sup>48</sup> Unos agudos comentarios sobre esta cuestión en M.A. LADERO QUESADA, *Lecturas sobre la España Histórica*, Madrid, 1998.

<sup>49</sup> V. ALMIRALL, *España, tal cual es*, p. 66.

<sup>50</sup> Una excelente exposición de las ideas de Valentí Almirall en H. HINA, *Castilla y Cataluña...*, pp. 167-175.

feria, para calar después profundamente en la misma raíz del pensamiento castellano, a raíz de la conmoción de los sucesos del 98. De este modo, se produce un fenómeno intelectual curioso, al originarse un proceso de autocrítica del nacionalismo español (llevada a cabo la generación noventayochista) que había sido precedido por una crítica proveniente de los nacionalismos periféricos (identificada en tratadistas como Sabino Arana y Valentí Almirall).

Unos años más tarde, Valentí Almirall radicalizará sus tesis a través del ensayo que lleva el significativo título de *El catalanisme* y el no menos explícito subtítulo de «motivos que lo legitiman, fundamentos científicos y soluciones prácticas». <sup>51</sup> El tratado es una contraposición entre el carácter castellano idealista y poco amigo de las concreciones en oposición al catalán, amante de los negocios y del espíritu positivista. Almirall contrapone las dos culturas acudiendo al modelo de explicación racial, que remite claramente a las ideas de Max Weber (1864-1920) y estaba tan en boga en la literatura europea del momento, y que se estaba empezando a utilizar también para remarcar las peculiaridades del pueblo vasco. <sup>52</sup>

Son también muy significativas, en el contexto del positivismo científico e ideológico imperante en aquel momento en toda Europa, las palabras en las que habla del espíritu positivista de los catalanes, en contraposición del escaso pragmatismo de los castellanos: «Precisamente todas las manifestaciones más acentuadas de la actividad de nuestros tiempos tienden hacia el positivismo particularista. Positiva y particularmente es hoy la ciencia más amiga de los hechos que de las abstracciones; positivas y particularistas son las artes; hacia el positivismo y el particularismo caminan la sociología y la política. Como consecuencia, hoy puede volver a hacer un buen papel el pueblo catalán, si consigue regenerarse». <sup>53</sup>

Quizás en estas palabras estén recogidas algunas de las ideas que más influirán en los historiadores catalanes de la generación de entresiglos, como también en la generación de los políticos novecentistas, encabezados por el presidente de la Mancomunidad Enric Prat de la Riba o Francesc Cambó: la conveniencia del intervencionismo catalán en la política castellana («hoy puede volver a hacer un buen papel el pueblo

---

<sup>51</sup> V. ALMIRALL, *Lo catalanisme. Motius que'l legitimen, fonaments científics i solucions pràctiques*, Barcelona, 1886.

<sup>52</sup> J. JUARISTI, *El bucle melancólico. Historias de nacionalismos vascos*, Madrid, 2000 (1997), pp. 227-289.

<sup>53</sup> V. ALMIRALL, *Lo catalanisme*, p. 76 (el original en catalán).

catalán»), el movimiento regeneracionista, análogo también al castellano («si consigue regenerarse»), la necesidad de una puesta al día de la ciencia y la política catalanas (con tendencia hacia un «positivismo particularista») y, por fin, la contraposición entre el espíritu catalán y el castellano.

Todo este discurso será radicalizado por Pompeu Gener, como ya ha quedado reseñado, quien realiza un explícito antagonismo entre la débil raza castellana y la superior raza catalana. No deja de ser significativo, sin embargo, que en la memoria colectiva catalana el planteamiento algo más moderado de Valentí Almirall haya influido mucho más que el radicalismo racial de Pompeu Gener, cuyas ideas se acercarán más, al menos análogamente, a las que Sabino Arana había lanzado poco antes para fundamentar teóricamente el nacionalismo vasco.

Esta tendencia a las teorizaciones sobre la raza no va a permanecer, sin embargo, demasiado tiempo como fundamento teórico del nacionalismo catalán ni como referentes en su imaginario histórico. La burguesía progresista, que había asimilado las ideas de Almirall, dejará paso a una burguesía mucho más moderada, que será la que se hará cargo, intelectual y financieramente, del movimiento nacionalista catalán a partir de los primeros años del siglo xx.

Estos teorizadores (Pi i Margall y Valentí Almirall), junto con el periodista Joan Mañé i Flaquer y el eclesiástico Josep Torras i Bages, serían los referentes básicos de los fundamentos intelectuales del nacionalismo finisecular, y podrían englobarse dentro de algunos movimientos tan característicos de este periodo como el regeneracionismo, el regionalismo o el iberismo. Estas tres corrientes intelectuales y políticas son también patrimonio de la España de finales del siglo xix. Especialmente compartida —aunque quizás menos divulgada— es la tercera de ellas (el iberismo), que estaba siendo cultivada de forma análoga por Juan Valera y Marcelino Menéndez Pelayo en Castilla y por Joaquim Pedro de Oliveira Martins, autor de una *Historia de la civilización ibérica*, publicada en 1879, que suscitó interés en toda la Península.

En el iberismo está contenida una de las reivindicaciones ideológicas del nacionalismo catalán, que pasaría directamente a la historiografía catalana como uno de sus principales presupuestos ideológicos: la necesidad de una Península unificada donde Castilla perdiera el predominio, en favor de la periferia a la que, ahora, se uniría también Portugal. Esta idea sugería asimismo el carácter convencional, no esencialista, de la unión de las coronas aragonesa y castellana, lo que evidentemente facilitaba la comprensión de la especificidad catalana y

dejaba abierta la posibilidad del desarrollo de un hipotético proceso de independencia.

En definitiva, todas estas visiones remiten al concepto de tradición. Una tradición que puede ser definida en términos de burguesía liberal por parte de Valentí Almirall en 1886 (*Lo catalanisme*) o en términos de cristianismo por parte del obispo Josep Torras i Bages en 1892 (*La tradició catalana*), obra que remite claramente al tradicionalismo cultural.<sup>54</sup> Pero, en todo caso, se trata de un recurso a la tradición mucho más pragmático y moderado que el que habían realizado las generaciones románticas. Para los románticos, tradición era, en efecto, sinónimo de ruptura con el presente para re-inventar el futuro desde las categorías de un pasado glorioso; para la generación finisecular, en cambio, la tradición era un instrumento mediador entre el cambio y la continuidad y, por tanto, un elemento moderador y, paradójicamente, modernizador. Otro asunto diferente, que es imposible tratar aquí con detenimiento, es hasta qué punto esa tradición era inventada o simplemente instrumentalizada.<sup>55</sup> Probablemente, la generación de los románticos estuvo más cerca de la primera realidad, y la generación finisecular más cerca de la segunda.<sup>56</sup>

Todo este conjunto de ideas, de talante algo menos radical que las preconizadas por la generación de los románticos, conforman el gran movimiento del catalanismo cultural finisecular, que dará como consecuencia un movimiento nacional mucho más moderado y pragmático con la entrada del nuevo siglo. Este es el contexto en el que se genera el novecentismo cultural de las dos primeras décadas del siglo XX, que responderá a unos condicionamientos políticos y culturales bastante diversos de los desarrollados por las generaciones positivista y modernista.

#### 4. **El noucentisme: la regeneración del compromiso nacional y el esfuerzo institucionalizador (1900-1930)**

El *noucentisme* es el movimiento cultural catalán, concomitante a la etapa política de la Mancomunidad liderada por Enric Prat de la Ribera, que propugna una reacción respecto a los movimientos culturales

---

<sup>54</sup> J. P. RUBIÉS, «The Idea of Empire in the Catalan Tradition from Ramon Muntaner to Enric Prat de la Ribera», *Journal of Hispanic Research*, 4 (1995-1996), p. 230.

<sup>55</sup> En la línea de las conclusiones del trabajo de E. HOBBSBAWM Y T. RANGER, *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983.

<sup>56</sup> Pero, en todo caso, eso exigiría una cotejación concreta de los textos, labor que tendremos que dejar para otra ocasión.

anteriores (especialmente, el modernismo) para recuperar la sencillez y simplicidad del clasicismo. La manifestación más representativa de este movimiento es, probablemente, la obra de Eugeni d'Ors *La ben plantada*, publicada en 1912, que evoca los valores del esteticismo, el mediterraneismo clasicista y la armonía frente al arrebatamiento romántico.<sup>57</sup> Sin embargo, el influjo del novecentismo no se reduce a lo literario ni a lo artístico, sino que —como ya había sucedido con otros movimientos como la *Renaixença* cultural de la primera mitad del siglo XIX o el *modernisme* de entresiglos— abarca muchas otras manifestaciones culturales de la época, entre ellas la historiografía.<sup>58</sup>

Sin embargo, esta visión de ruptura cultural debe ser matizada convenientemente, porque el novecentismo es, en lo que tiene de proceso nacionalizador, una culminación del intento del modernismo finisecular de transformar una cultura catalana tradicionalista y regional en moderna y cosmopolita.<sup>59</sup> La tesis de Eugeni d'Ors es, en este sentido, inequívoca: «El nacionalisme devé (deviene) entre nosaltres universalisme».<sup>60</sup>

Algunos historiadores de la cultura catalana han preferido hablar de una «historiografía neo-romántica» catalana más que una historiografía propiamente *noucentista*. En ese planteamiento, historiadores como Ferran Soldevila —quien, a pesar de escribir la mayor parte de su obra después de la Guerra Civil, es considerado como un historiador de formación novecentista— pretenden renovar los métodos y los objetivos de la historiografía romántica liberal, manteniendo el mismo espíritu original del romanticismo más apasionado.<sup>61</sup>

El término «neo-romántico» remite a la corriente filosófica, surgida a finales del siglo XIX en Europa Occidental, que pretendía recuperar los

<sup>57</sup> Este difícil equilibrio entre la armonía clásica y el arrebatamiento romántico es una de las constantes de las exposiciones teóricas de la evolución de la identidad catalana a lo largo de la historia. Es lo que expuso de modo brillante, cuarenta años después, Jaume Vicens Vives en su ensayo *Notícia de Catalunya* (Barcelona, 1960) sobre la combinación del juicio («seny») y del arrebatamiento («rauxa») como una de las constantes de la historia de Cataluña.

<sup>58</sup> Para una síntesis de las manifestaciones del llamado «noucentisme historiogràfic» en Catalunya, vid. E. PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia catalana contemporània*, Barcelona, 1995, dentro del apartado «Un historiador noucentista?», pp. 35-45 y, desde una perspectiva propiamente historiográfica, E. PUJOL, «La historiografia noucentista. Assaig de definició», en *El Contemporani*, 14 (enero-abril, 1998), pp. 36-43.

<sup>59</sup> J.L. MARFANY, *Aspectes del modernisme*, Barcelona, 1975, p. 34.

<sup>60</sup> E. D'ORS, *Obra catalana completa. Glosari, 1906-1910*, Barcelona, 1950, p. 186.

<sup>61</sup> Este es el planteamiento, por ejemplo, de R. GRAU, «Neoromanticisme», *Diccionari d'Història de Catalunya*, Barcelona, 1992, pp. 733-734.

valores y criterios románticos como reacción a los criterios cientifistas del positivismo, que habían arraigado también en las artes y las ciencias sociales. En este contexto, es evidente que el nacionalismo historiográfico recobraría un nuevo aliento, como lo demuestra el hecho de la aparición de algunas figuras importantes dentro del panorama catalán: Antoni Rubió i Lluch (1856-1936), Josep Puig i Cadafalch (1869-1956) y Josep Pijoan (1879-1963), en una primera generación, e historiadores de la talla de Ferran Valls i Taverner (1888-1942), Ramon d'Abadal (1888-1970), Ferran Soldevila (1894-1971) o Pere Bosch i Gimpera (1891-1974), en una segunda generación.

La altura de estos historiadores demuestra, a mi juicio, que el novecentismo historiográfico fue algo más que la simple renovación o puesta al día del movimiento romántico. El ambicioso programa cultural, filosófico y político del novecentismo influyó notablemente, como no podía ser de otro modo, en la formación de una historiografía de calidad, donde la regeneración de los valores patrióticos del romanticismo iba unido a una mayor madurez de las técnicas propiamente historiográficas.

Aunque no hay un acuerdo unánime entre los investigadores, se puede afirmar que la corriente historiográfica *noucentista* ocupa, aproximadamente, los años que transcurren entre el año 1903, año de la constitución de los *Estudis Universitaris Catalans* y el año 1923, con la proclamación de la Dictadura primorriverista y el fin de la Mancomunidad catalana y la imposibilidad de seguir aplicando el programa cultural y cívico del novecentismo desde una instancia institucional.

La labor de los historiadores novecentistas se inscribe en un programa cultural global, vinculado con un núcleo industrial y burgués de gran vitalidad y los fundamentos ideológicos de un nacionalismo de tinte moderado impuestos por la Lliga, el partido político hegemónico de ese periodo, liderado por Enric Prat de la Riba. No en vano esta generación ha sido considerada por algunos como un hito decisivo para la formación de la moderna escuela catalana de investigación histórica.

Junto a algunas manifestaciones claramente neo-románticas (tendencia al historicismo, énfasis en la interpretación personal, predominio de la historia política y del nacionalismo historiográfico), la generación de los historiadores novecentistas representa el primer intento moderno de construir una historiografía soberana, autónoma y científica, superadora de los verdaderos prejuicios románticos y vinculada a un movimiento institucional y político que les daba cobertura.<sup>62</sup> Sim-

<sup>62</sup> E. PUJOL, *El descrèdit de la història*, Barcelona, 1993, p. 93.

plificando, se había pasado de una historiografía mitológica a una historiografía científica, aunque todavía no profesionalizada ni homologable a la europea.<sup>63</sup>

No sería demasiado aventurado afirmar que la generación de los historiadores novecentistas catalanes es el primer intento colectivo serio de hacer una historiografía verdaderamente profesional en España, en concomitancia con otros procesos similares que ya se habían iniciado en otras tradiciones historiográficas occidentales.<sup>64</sup> Es cierto que en el panorama español ya se contaba con figuras de la proyección de un Rafael Altamira o un Marcelino Menéndez y Pelayo (muy vinculado, por cierto, a la escuela barcelonesa a través de Manuel Milà i Fontanals). Pero hasta entonces habían sido unos esfuerzos más bien aislados, cuando ahora la generación novecentista aparecía como un núcleo colectivo, haciendo un esfuerzo también coordinado con el poder político, lo que indudablemente le confería una mayor eficacia.

Asimismo, es cierto que la verdadera profesionalización de la historiografía española no llegaría hasta bien entrados los años cincuenta, sobre todo gracias a la consolidación de la universidad como una plataforma de formación de los historiadores en los criterios auténticamente científicos. Pero precisamente por esto no deja de ser llamativo y premonitorio el fruto beneficioso que tuvo para la historiografía catalana y española la posibilidad de comprobar, por vez primera y de un modo fehaciente, los excelentes resultados de la armonía entre los objetivos de una generación de historiadores y de una generación de gobernantes. El maridaje entre intelectuales y políticos puede ser contraproducente cuando se pretende una instrumentalización de la cultura con la búsqueda de la eficacia inmediata. Pero la altura cultural demostrada por la generación de los políticos novecentistas catalanes evitó ese viciamiento, favoreciendo la consolidación de una generación intelectual de verdadera calidad. Al mismo tiempo se experimentaba, también por primera vez, que las convicciones nacionalistas no tenían por qué ser contrarias a la búsqueda de la objetividad y rigurosidad histórica. Qui-

---

<sup>63</sup> No hay que olvidar, por poner un ejemplo paradigmático, que durante esos años se estaban gestando en Francia los orígenes de una corriente historiográfica de la trascendencia de los *Annales*: P. BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, 1994 (1990).

<sup>64</sup> Sobre la profesionalización de la historia a nivel europeo: P.J. DEN BOER, *History as a profession: the study of history in France, 1818-1914*, Princeton, 1998. Para el caso español, I. PEIRÓ, *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1994 y G. PASAMAR, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991.



zás la mejor manifestación de esta realidad, son los todavía hoy imprescindibles acopios documentales de Antoni Rubió i Lluch.

Este salto cualitativo se debe probablemente a la diferencia epistemológica que existe entre una historiografía muy condicionada por el nacionalismo de corte romántico surgida de la *Renaixença* literaria de la primera mitad del siglo XIX y el nacionalismo científico y moderado de los primeros decenios del siglo XX.<sup>65</sup> Sin embargo, es quizás todavía más significativo que, junto a la nómina de los historiadores que se pueden considerar pertenecientes a esta corriente cultural, se pueden delimitar perfectamente la existencia de algunas instituciones que catalizaron su actividad (los *Estudis Universitaris Catalans*, fundados en 1903 o el *Institut d'Estudis Catalans*, de 1907), de los pensadores que fundamentaron su concepción intelectual (Eugeni d'Ors no sólo fue el formulador del concepto *noucentisme* sino también su sistematizador principal) y de los políticos que no sólo le dieron el impulso político y financiero necesario sino que también tenían su visión de la historia y su criterio cultural específico (Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó).

El mismo proyecto político de Prat de la Riba estaba fundamentado en una concepción de la historia, porque estaba convencido de que de ahí debía surgir una determinada concepción política.<sup>66</sup> Además, su programa lo había desarrollado con claridad en el influyente tratado *La nacionalitat catalana*, que aportaba algunos elementos en la línea del pragmatismo y el posibilismo que calaron mucho más profundamente en el imaginario del nacionalismo catalán que las tesis excesivamente retóricas y algo maniqueístas de Valentí Almirall, quien a su vez había superado las tesis étnicas de Pompeu Gener. Se trata de un verdadero manifiesto de la generación *noucentista*, en el que se introducía también el singular concepto de imperialismo cultural como fundamento del programa político.

*La nacionalitat catalana* había aparecido en 1906, poco después de la definitiva pérdida del imperio colonial por parte de España.<sup>67</sup> Las

---

<sup>65</sup> J.L. MARFANY, «Mitologia de la Renaixença i mitologia nacionalista», *L'Avenç*, 164 (1992).

<sup>66</sup> El mismo Prat de la Riba afirmaba, en una carta personal al periodista Joan Mañé i Flaquer que «de todos los conocimientos humanos, es indudable que los que influyen de un modo más directo y decisivo en la formación de un criterio político son los conocimientos históricos» (E. PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Barcelona, 1978, del Apéndice. El original está en catalán). Él mismo había reflexionado acerca de la historia de Cataluña en *Compendi de la Història de Catalunya*, publicado en Barcelona en 1898.

<sup>67</sup> E. PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Barcelona, 1978 (ed. Carme Arnau).

consecuencias de esta derrota son bien conocidas por lo que hace referencia al colapso del discurso del nacionalismo español y la huella que dejaron en los literatos y pensadores de la Generación del 98. Los estudios dedicados a la dimensión «española» de esa Generación y su diagnóstico tras los acontecimientos del 98 se podrían contar por centenares. Sin embargo, no ha habido una lectura tan sistemática de lo que esos acontecimientos supusieron para los nacionalismos periféricos: y es lógico pensar que su influjo fue también grande.

La debilidad del proyecto nacionalista español, culminado en la época de entresiglos, se reflejó en el surgimiento de movimientos nacionalistas alternativos, como el vasco y el catalán. Estos movimientos no eran otra cosa que el resultado de la maduración de las iniciales propuestas algo más moderadas como el regionalismo, el foralismo y el federalismo, que habían sido mal sofocadas por la imposición algo artificiosa de una España unitaria. Pero es bien sabido que el mejor indicador para medir la fortaleza política de un proyecto nacionalizador no es tanto la eficacia administrativa, la imposición institucional ni el recurso a la violencia como una legitimidad social surgida de un consenso adquirido.<sup>68</sup>

En este contexto, es interesante analizar la exposición de la idea del imperialismo que realiza Prat de la Riba, en consonancia con una larga tradición de literatos y pensadores catalanes, que ya había iniciado el cronista Ramon Muntaner en la edad media.<sup>69</sup> A la crisis de la España de los inicios del siglo xx, la intelectualidad catalana de la generación novecentista presentó la alternativa de un ambicioso proyecto cultural *nacionalizador*, en el que lógicamente la visión de la historia cobraba especial relieve.

Prat de la Riba sugería que la nación, si realmente existía, se debía identificar por los valores culturales, entre los que destacaba especialmente la lengua, más que en los valores raciales o étnicos. El desarrollo de estas ideas no sólo tendrían un influjo enorme en el pensamiento político e historiográfico catalán a lo largo de todo el siglo xx, sino también en su tiempo, al priorizar en su labor de gobierno de la Mancomu-

<sup>68</sup> Recojo esta idea de B. DE RIQUER, *Identitats contemporànies*, p. 15.

<sup>69</sup> Ver a este respecto el sugerente artículo de Joan-Pau RUBIÉS, «The Idea of Empire», que pone de manifiesto la paradoja que supone la utilización de un discurso ambiguo entre los intelectuales catalanes respecto a la idea del imperialismo catalán: el *tabú* de la analogía con el denostado Imperio español está inevitablemente asociado —y ahí surge la paradoja— con el *mito* del Imperio catalán medieval, rescatado por los historiadores catalanes romántico-liberales del siglo xix. Ver también N. BILBENY, *Eugeni d'Ors i la ideologia del Noucentisme*, Barcelona, 1988, pp. 175-200.

nidad los proyectos culturales que favorecieran la identidad de la nación catalana. Nacionalismo moderado, pragmatismo político, regeneracionismo cultural y desarrollo económico se aunaban en un proyecto unitario, del que la historiografía salió claramente beneficiada, como se pone de manifiesto con la enumeración de los principales historiadores de la generación de los novecentistas.

El mecenazgo de Francesc Cambó para algunos de esos historiadores fue, junto con las ideas expuestas por Enric Prat de la Riba, la otra cara de la moneda de este esfuerzo mancomunado por realzar la calidad de la cultura historiográfica catalana del primer tercio del siglo xx. Es bien ilustrativo, en este sentido, que fuera él quien encargara a Ferran Soldevila la redacción de una síntesis de la historia de Cataluña, corriendo él mismo con las cargas de su financiación.<sup>70</sup> Cambó buscaba una historia de Cataluña puesta al día, en consonancia con la metodología de corte interpretativo de un Bainville o de un Chesterton, pero sin caer en una erudición que ahogara su verdadera utilidad: la propaganda política.<sup>71</sup>

El resultado de todos estos esfuerzos *nacionalizadores* —aplicados al campo de la historiografía— se podrían resumir en un intento de ruptura con la tradición romántico-liberal del siglo xix, un esfuerzo por trascender el modernismo como corriente cultural y, en fin, el objetivo de construir un proyecto historiográfico moderno, con vocación nacional y reconocimiento internacional. Estos objetivos se fundamentaban en la construcción de unos ambiciosos proyectos institucionales que dieran cobijo, estabilidad y continuidad a los avances culturales que se iban logrando.

Un buen ejemplo de la aspiración a la profesionalización de los historiadores novecentistas es, como apunta sutilmente el historiador Enric Pujol, su pasión desmitificadora de los mitos creados por algunos historiadores románticos del Ochocientos.<sup>72</sup> Los trabajos de Ferran Soldevila criticando la historia de Víctor Balaguer, los de Ferran Valls i Taverner localizando los elementos maravillosos y legendarios de las

---

<sup>70</sup> Algunos datos sobre el inicio, desarrollo y culminación de este proyecto en E. PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia catalana*, pp. 107-128.

<sup>71</sup> En este sentido, son tremendamente significativas las palabras que Soldevila escribe en su *Dietario* (rescatadas por su biógrafo Enric Pujol) tanto por lo que respecta al talante pragmático de Cambó como por el catalanismo sin fisuras de Soldevila: «El Mecenes no publicarà la meva història si no hi està d'acord... però jo no modificaré res, i ell hi estarà d'acord. La seva base històrica és fiable» (F. Soldevila, *Al llarg de la meva vida*, Barcelona, 1970, citado y comentado en E. PUJOL, *El descrèdit de la història*, p. 105).

<sup>72</sup> E. PUJOL, *Ferran Soldevila*, 38-39.

crónicas catalanas medievales y los de Miguel Coll i Alentorn seleccionando los elementos mitológicos de algunas figuras nucleares del imaginario histórico del nacionalismo catalán como Guifré el Pilós, son bien significativas en esta dirección.<sup>73</sup>

Ciertamente, los mejores frutos del movimiento *noucentista* tardarían algunos años en llegar, miradas las cosas desde la perspectiva historiográfica: no fue hasta los años treinta o hasta después de la Guerra Civil, cuando historiadores de la talla de Pere Bosch i Gimpera,<sup>74</sup> Ramon d'Abadal<sup>75</sup> y Ferran Soldevila,<sup>76</sup> que se habían formado en los cánones novecentistas, darían lo mejor de sí mismos. La traumática imposición de la Dictadura primorriveriana —y, con ella, la decadencia de las instituciones culturales como los *Estudis Universitaris Catalans* (1903) o el *Institut d'Estudis Catalans* (1907), que con tanto acierto había impulsado la Mancomunidad—, los tormentosos años de la República y, sobre todo, el estallido de la Guerra Civil, supusieron una ruptura tan traumática que la historiografía catalana no se recuperó hasta bien entrados los años cincuenta.<sup>77</sup> Sin embargo, fue entonces cuando se experimentó claramente que los esfuerzos de las dos generaciones novecentistas no habían caído en tierra baldía.

En definitiva, la generación de los novecentistas fue la que por primera vez consiguió soltar lastre romántico, aunando un proyecto político ambicioso con una labor cultural de calidad. El definitivo asentamiento de una historiografía verdaderamente profesional no llegaría hasta los años cincuenta y sesenta, a través de la labor de algunos historiadores singulares (Jaume Vicens Vives, Pierre Vilar, John Elliot) y sobre todo de la consolidación de la universidad como centro de formación de enteras generaciones de historiadores.

<sup>73</sup> F. SOLDEVILA, «El centenari de Víctor Balaguer», *Revista de Catalunya*, 7 (1925), pp. 59-61; F. VALLS I TAVERNER, «L'element meravellós i llegendari en les cròniques medievals catalanes», *Revista de Catalunya*, 43 (1928) pp. 23-48; M. COLL I ALENTORN, «Llegendari», *Obra Completa*, vol. VI, Barcelona, 1993.

<sup>74</sup> Quizás uno de los historiadores más representativos de lo que algunos han llamado la generación de la República: E. PUJOL, «Els historiadors republicans d'esquerra. L'equip intel·lectual de la Generalitat republicana (1931-1936)», en *El Contemporani*, 18 (mayo-agosto, 1999), pp. 29-35.

<sup>75</sup> Una documentada biografía de este historiador en F. VILANOVA, *Ramon d'Abadal: entre la història i la política (1888-1970)*, Lleida, 1996

<sup>76</sup> Su biografía en E. PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia catalana...*

<sup>77</sup> A. SIMON, «Per una història de la historiografia catalana. Una aproximació bibliogràfica», *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, 1990, p. 108.

## 5. Conclusiones

Los historiadores catalanes de los siglos XIX y XX han tenido unos referentes intelectuales e ideológicos que han pasado a formar parte del acervo del imaginario histórico del nacionalismo catalán. Poco importa, para las conclusiones de este artículo, que recientemente se haya puesto de manifiesto, en el intenso debate epistemológico en que ha entrado la disciplina histórica a partir de los años ochenta, que incluso sea difícil distinguir lo real de lo imaginario en la historia.<sup>78</sup> Incluso eso demuestra el peso del imaginario en una sociedad, por encima de la misma realidad histórica y legitima el interés por un estudio de la creación y consolidación de ese imaginario histórico.

Un imaginario que, en el caso de nacionalismo catalán, ha pasado en su formación por tres fases claramente diferenciadas aunque bien nexadas entre sí: el romanticismo de mediados del siglo XIX (constructor de la historiografía nacional catalana), el regeneracionismo de la generación finisecular (primer sistematizador de esa historiografía) y el novecentismo del primer cuarto del siglo XX (primer movimiento historiográfico de calidad contrastada internacionalmente). Tres fases diferentes que tienen, no obstante, un mismo hilo conductor: la aspiración de la creación de un proyecto nacional, para lo que la historiografía era —y lo sigue siendo— un instrumento privilegiado.

Desde una perspectiva puramente nacionalista, parece como si la pasión nacional despertada por los románticos cediera a un cierto desapasionamiento de la generación restauracionista finisecular, para volver a tomar aliento a través del magnánimo proyecto mancomunado del *noucentisme*. Tres fases que llevan asociados algunos nombres propios, que influyen enormemente en la configuración de las ideas fundantes del nacionalismo catalán en su vertiente historiográfica.

Plasmándolo en términos necesariamente simplificadores, la poesía de Carles Aribau habría dado las claves ideológicas del proyecto historiográfico de Víctor Balaguer o Pau Piferrer durante el romanticismo; el discurso burgués sobre la tradición catalana de Valentí Almirall y el discurso eclesiástico de Josep M. Torras i Bages habrían

---

<sup>78</sup> G. IGGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 114. Iggers hace referencia a las ideas expuestas por Clifford GEERTZ, *Interpretación de las culturas*, Barcelona, 1988 (1983) y por otros pensadores actuales, que han encañado esta idea con la expresión de marcado aire post-moderno «The real is as imaginary as the imaginary».

dado las claves hermenéuticas de las tesis federalistas de Pi i Margall, que influirían después en la generación de los historiadores positivistas finiseculares como Antoni de Bofarull, Joaquim Rubió i Ors, Antoni Aulèstia o Josep Maria Quadrado;<sup>79</sup> y, por fin, el proyecto cultural-nacionalizador de Enric Prat de la Riba, el mecenazgo cultural de Francesc Cambó y el liderazgo intelectual de Eugeni d'Ors constituirían los fundamentos ideológicos de los historiadores novecentistas como Antoni Rubió i Lluch, Ferran Soldevila o Ferran Valls i Taverner.

Lo que queda claro, en todo este proceso, es una continua implicación mutua entre proceso nacionalizador, exposición doctrinal, aspiraciones políticas y desarrollo de una historiografía específica. De este modo, la historiografía catalana va avanzando azuzada por un proyecto de construcción nacional. En este contexto, no me parece demasiado aventurado afirmar que el nacionalismo puede constituir un verdadero catalizador de la historiografía, contribuyendo eficazmente a su modernización metodológica y su consolidación epistemológica, si se reúnen algunas condiciones favorables.

Porque parece evidente que el nacionalismo no manipulador actúa de catalizador para la historiografía. Lo que es más difícil de ponderar, aunque se trate de una cuestión formulada en términos pseudo-positivistas, es si la modernización ejerce una función nacionalizadora al poner de manifiesto las diferencias de una sociedad<sup>80</sup> o, por contra, es el desarrollo científico de la historiografía el que favorece una mayor modernización y desarrollo del nacionalismo, ante la percepción reflexiva de esas mismas diferencias.

Por lo expuesto en este artículo, nos inclinamos a pensar que se produce una interacción entre estas dos realidades —nacionalismo e historiografía— en un interesante juego entre el proceso de modernización del discurso nacionalista y la puesta al día de las corrientes metodológicas historiográficas. Buena muestra de ello es el desfase cronológico que se detecta, durante el siglo xx, en la escalonada incorporación de las diferentes tradiciones historiográficas nacionales peninsulares (catalana, vasca y española) a las renovadas técnicas historiográficas europeas, dependiendo del grado de madurez intelectual y de la modernización de la base doctrinal de su nacionalismo.

---

<sup>79</sup> Una buena sistematización de esta generación de historiadores positivistas en E. PUJOL, «Fi de segle i avenç científic. La historiografia catalana a la fi del Vuit-cents», en *El Contemporani*, 10 (1996), pp. 32-37.

<sup>80</sup> Esta parece ser la tesis de B. DE RIQUER, *Identitats contemporànies*, p. 18 y 219.

Algunos contemporanistas de prestigio (Joan-Lluís Marfany,<sup>81</sup> Josep Fontana,<sup>82</sup> Vicente Cacho,<sup>83</sup> Borja de Riquer,<sup>84</sup> Josep M. Fradera<sup>85</sup>) han puesto de manifiesto que la modernidad es uno de los factores fundantes del nacionalismo catalán; Pierre Vilar había hablado ya de la «precocidad» de la nación catalana en el panorama de la Europa bajo-medieval y moderna.<sup>86</sup> Sin embargo, no está de más apuntar también las consecuencias aparentemente nocivas de esta pretendida «modernidad» de Cataluña: básicamente, el hundimiento económico y la pérdida de identidad cultural de los siglos XVI y XVII (que Vilar interpretaba precisamente por la precocidad de los procesos históricos experimentados por el Principado durante los siglos XIV y XV) o, ya en los siglos XIX y XX, la conflictividad social surgida de la industrialización de Barcelona y su entorno económico.

En todo este proceso, parece también evidente que para que aparezca una historiografía de calidad y moderna en un ambiente nacionalista deben crearse unas condiciones culturales adecuadas. Por este motivo, me parece que una de las premisas para crear este *humus* cultural es el desarrollo de un nacionalismo moderado. Esto explicaría, por ejemplo, el desarrollo de dos fenómenos, en la evolución de la historiografía española durante el siglo XX, que me parecen muy sintomáticos en esta dirección. El primero de ellos es el doble colapso de la historiografía catalana durante el siglo XX, causados ambos por el advenimiento de dos dictaduras de acusado talante «españolista» como la de Primo de Rivera en 1923 y la de Francisco Franco en 1939, que dieron al traste,

---

<sup>81</sup> J.L. MARFANY, *Aspectes del Modernisme*, cuya tesis de fondo es que el *modernisme* catalán era una aspiración a la modernización de una cultura con tintes provinciales como la catalana, más tradicional y romántica.

<sup>82</sup> J. FONTANA, «La societat catalana contemporànea: modernització o pairalisme?», *Miscel·lània d'Homenaje a Josep Benet*, Barcelona, 1991, pp. 137-144.

<sup>83</sup> V. CACHO, «Modernismo catalán y nacionalismo cultural», publicado originariamente en 1987 y recogido en *El nacionalismo catalán*, pp. 49-79. Los conceptos «modernismo» (referido al movimiento cultural de entresiglos) y «modernización» (tal como lo utilizamos en el artículo) no son evidentemente sinónimos, pero Cacho defiende en ese sugerente artículo tanto la precocidad del modernismo catalán (p. 49) como el contraste entre los procesos de modernización entre Cataluña y buena parte del estado español.

<sup>84</sup> B. DE RIQUER, «Modernitat i pluralitat...».

<sup>85</sup> J. M. FRADERA, «El huso y la gaita. Un esquema sobre cultura y proyectos intelectuales en la Cataluña del siglo XIX», en Carlos SERRANO (ed.), *El nacimiento de los intelectuales en España*, Madrid, 2000, pp. 26-49.

<sup>86</sup> P. VILAR, *La Catalogne dans l'Espagne Moderne*, París, 1962. La cita a esta monografía no es un simple recurso retórico: me parece tremendamente significativo que la tradición historiográfica, también entre el medievalismo y el modernismo, coincida en esto con la lectura de los contemporanistas.

respectivamente, con las prometedoras generaciones de historiadores catalanes novecentistas y republicanos. El segundo, la aparición de una notable generación de historiadores «castellanos» en los años cuarenta y cincuenta (Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Ramon Menéndez Pidal) al socaire de una época de notoria exaltación del nacionalismo español. La historiografía catalana no volvió a retomar la iniciativa de la historiografía peninsular hasta los años sesenta, gracias sobre todo al influjo de historiadores singulares como Jaume Vicens Vives —que falleció prematuramente en 1960— y Pierre Vilar, que introdujeron las corrientes de los *Annales* y el materialismo histórico respectivamente, contribuyendo a modernizar la historiografía española de la segunda mitad del siglo XX. Pero esto ya sería otra historia, porque se sitúa después de la guerra civil española, que supuso un indudable trauma para la historiografía, que habría que tratar de modo monográfico e independiente.

La expresión «nacionalismo moderado» es ciertamente ambigua y excesivamente abstracta, pero cobra todo su sentido, en el contexto historiográfico, cuando se vacía de su contenido político y recobra toda su dimensión cultural.<sup>87</sup> Porque es entonces cuando el aprecio a una tradición nacional ejerce un influjo benéfico en la historiografía, motivando su desarrollo sin afectar a su objetividad. En este contexto, y no en otro, el nacionalismo actúa de catalizador de la historiografía, originando su creación e impulsando constantemente su modernización.

---

<sup>87</sup> En esta dirección, coincido plenamente con las tesis de algunos historiadores que han analizado el desarrollo de las historiografías catalana y vasca: Borja de Riquer para el caso catalán (ver especialmente su «Modernitat i pluralitat, dos elements bàsics per a entendre i analitzar el catalanisme», *Identitats...*, pp. 215-231, que había sido publicado originariamente en 1996 con el título «El catalanisme conservador») y José Luis de la Granja para el desarrollo de la historiografía vasca, que concluye uno de sus estudios con la advertencia de que difícilmente puede haber una historiografía de calidad si está afectada de una «cosmovisión nacionalista» («El nacionalismo vasco»..., p. 236).